Poemas iluminados

juan de la cruz
fray luis de león
juana inés de la cruz
teresa de jesús



ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN
FUNDACIÓN GILBERTO ALZATE AVENDAÑO



Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes

Circulación
libro al viento
gratuita

SANTA TERESA DE JESÚS

FRAY LUIS DE LEÓN

SAN JUAN DE LA CRUZ

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Poemas *iluminados*

Selección e introducción de Julio Paredes Castro

Alcaldía Mayor de Bogotá
Samuel Moreno Rojas, Alcalde Mayor de Bogotá

Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte
Catalina Ramírez Vallejo, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Secretaría de Educación del Distrito
Abel Rodríguez Céspedes, Secretario de Educación
Jaime Naranjo Rodríguez, Subsecretario de Calidad y Pertinencia
Cecilia Rincón Berdugo, Dirección de Educación Preescolar y Básica
Sara Clemencia Hernández Jiménez, Equipo de Lectura, Escritura y Oralidad

Fundación Gilberto Alzate Avendaño
Ana María Alzate Ronga, Directora
Julián David Correa Restrepo, Gerente Área de Literatura

Isbn 978-958-8471-12-9

Editor: Julio Paredes Castro
Coordinadora de publicaciones: Pilar Gordillo
Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña
Armada eBook: eLibros Editorial

Contenido

Introducción

Si bien la casi totalidad de las obras de la llamada literatura religiosa, en particular sus derivaciones de la literatura ascética y la literatura mística, no tuvo en sus propósitos originales ninguna intención literaria secular preconcebida, como tampoco la de proporcionar ni despertar en sus lectores un placer apenas estético, conseguiría finalmente, y gracias a la genialidad innata de sus máximos creadores, que muchos de sus títulos entraran en los cánones clásicos de la historia de la literatura universal.

Este librito que hemos titulado *Poemas iluminados* es, por encima de todo y más allá de cualquier interpretación que decida aventurar el lector de *Libro al viento*, una breve selección de fragmentos de la poesía de cuatro autores que, entre los siglos XVI y XVII, iluminaron con sus palabras, intenciones y ritmos particulares, la lírica imaginada y escrita en castellano.

Sin duda, entre quienes se destacan de forma incomparable hasta hoy están los españoles santa Teresa de Jesús (1515-1582), fray Luís de León (1528-1591), san Juan de la Cruz (1542-1591) y, a un nivel muy distinto, más filosófico y de intenciones intelectuales, el de la mexicana sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695). Nombres que ahora ofrecemos al lector de *Libro al viento*, con una selección de algunos de sus textos líricos más representativos.

Como parte y consecuencia de una especie de ebullición religiosa que se dio durante estos siglos en España, resultado también de los esfuerzos de la iglesia católica por contrarrestar el avance de la reforma protestante, acompañada además por el auge de las órdenes y la vida monacal, los autores de esta literatura mística vivieron y se nutrieron de una fuente escrita múltiple y contemporánea que dejaría, según cálculos, más de tres mil títulos impresos con referencias directas a la temática de la literatura y los motivos espirituales; desde los tratados de oración y penitencia, pasando por las guías para los ejercicios espirituales, los manuales de plegaria contemplativa y de preparación para la muerte, entre muchos otros asuntos, así como las glosas y los comentarios a pasajes y misterios de la Biblia, una de las fuentes esenciales de la inspiración devota.

Por tener un lazo directo con la formación monástica y religiosa, la prosa y la poesía ascéticas y místicas españolas estaban entroncadas con una

tradición que se remontaba a los inicios de la Edad Media, con figuras de gran influencia espiritual e intelectual como san Agustín (354-430), san Bernardo de Claraval (1091-1153), san Francisco de Asís (1182-1226), San Buenaventura (1221-1274), santo Tomás de Aquino (1226-1274), para nombrar sólo unos cuantos, que empezaron a consolidar las formulaciones, la práctica, el lenguaje, el simbolismo, las metáforas, las fuentes, etc., de la posterior mística surgida a la sombra de los monasterios a lo largo y ancho de Europa, tanto en lo que se refería a la experiencia mística personal como la de carácter preceptivo para la colectividad religiosa.

En el caso específico de la tradición directa en España, mencionaremos tres que, entre muchos otros, acompañaron de cerca los pasos en la vía mística de los autores presentes en este *Libro al viento*. Francisco de Osuna (1497?-ca.1540), cuya monumental obra *Abecedario espiritual* no sólo propició la influencia de las místicas alemana y flamenca en los españoles, con la traducción de textos nutridos e inspirados, principalmente, en las doctrinas del alemán Maestro Eckhart (1260-1327), sino que además fue el manual de plegaria que dirigió la formación espiritual de santa Teresa y, en parte, de san Juan de la Cruz. San Ignacio de Loyola (1491-1556), fundador de la Compañía de Jesús, quien con su obra *Ejercicios espirituales* propugnaba la renovación del contacto personal con el universo transcendental, experiencia verdadera de la tradición mística. Y, en especial, fray Luís de Granada (1504-1588) quien dio los primeros pasos hacia la consolidación de la literatura ascética y la literatura mística españolas posteriores con los manuales de oración más influyentes de la época, *Libro de la oración y meditación y Guía de pecadores*, donde se recogen múltiples tradiciones de la oración mental interior, la llamada “oratoria sagrada”, propugnando la “ley de la gracia” como única teología para que el hombre participe de la naturaleza divina, llamamientos a la vida ascética que marcaron las visiones terrenales y trascendentales de los poetas místicos.

Por otra parte, y no menos importante, habría que hacer mención de la mística sufí o mahometana, que surge en el siglo VIII, pasando por un periodo clásico durante los siglos XI y XIII, entre la que sobresalió el poeta y místico nacido en Murcia Ibn Arabi (1165-1240), principal representante de una expresión poética de la contemplación divina que ejerció influencia en la mística española, como fue el caso del poeta erudito, laico y

misionero, Ramón Lull (1232?-1315) y presente también, para algunos, en la obra de san Juan de la Cruz.

Un destino semejante marcó la biografía de los cuatro autores presentes en este *Libro al viento*. Todos conocieron, en intensidades diferentes, la censura, la persecución, el silencio obligado y hasta la cárcel, como consecuencia de las actitudes dictadas por una libertad personal en el tratamiento, la interpretación, la traducción y, sobre todo, la apropiación escrita de los dogmas dictados y bajo el control de la ortodoxia. Quizás ahí, en esa agitación personal, íntima, contra el mundo, descansara otra de las múltiples expresiones de la práctica y la experiencia mística, una verdad que subyacía a todos los aspectos y las cosas de la vida humana.

Muchos aseguran que la conciencia trascendental está latente en todos los hombres, en cualquier espacio y tiempo, pero si volvemos ahora a oír las voces de quienes la intuyeron y sintieron, la experiencia mística parte de la paradoja extrema de buscar, sentir y nombrar lo que no tiene nombre ni imagen. No es un dictado directo de la fe, sino una especie de lucidez intraducible, en una búsqueda sin descanso alimentada por el amor, de una manifestación insondable y superior a toda realidad que ha adoptado designaciones como lo Uno, el Absoluto, la Noche Oscura, la Oscuridad Divina, Dios, la Presencia Divina, Yesod, la Realidad Última, el Fuego Divino, el Dulcísimo Amor… nombres tan impenetrables como la muerte.

Como un misterio adicional para sumar a los de la visión mística, pareciera como si el lenguaje de la poesía, de una poesía nunca antes escrita, hubiera sido el único registro propicio, o el más cercano, para buscar la expresión escrita de esta contemplación; de esa “sobra de luz” que enceguece al espíritu del poeta cuando observa en solitario las formas del Universo, como escribió sor Juana Inés de la Cruz, en un verso de su poema *Primero Sueño*.

JPC

Santa Teresa de Jesús

1515-1582



1

A LAS MADRES PRIORA ANA DE IESVS, Y RELIGIOSAS CARMELITAS descalças del monasterio de Madrid: El Maestro Fray Luys de Leon, salud en Iesu Christo.

YO no conoci, ni vi, a la madre Teresa de Iesus mientras estuuo en la tierra, mas agora que viue en el cielo la conozco y veo casi siempre en dos imagines viuas que nos dexo de si, que son sus hijas, y sus libros, que a mi juyzio son tãbien testigos fieles, y mayores de toda excepcion de su grande virtud. Porque las figuras de su rostro si las viera, mostraranme su cuerpo: y sus palabras, si las oyera me declararan algo de la virtud de su alma: y lo primero era comun, y lo segundo sugeto a engaño, de que carecen estas dos cosas en que la veo agora. Que, como el Sabio dize, el hombre en sus hijos se conoce. Porque los fructos que cada vno dexa de si quando falta, essos son el verdadero testigo de su vida:

A y por

Carta de fray Luis de León a las carmelitas del monasterio de Madrid, 11 de septiembre de 1587, y aparecida en la primera edición de *La vida de la madre Teresa de Jesús, y algunas de las mercedes que Dios le hizo, escritas por ella mesma por mandato de su confesor, a quiem lo embia y dirige y dize anzí*. Salamanca, 1588

Confesó haber sido desde niña una criatura tocada por la gracia. Devota precoz, lectora de romanceros y libros de caballerías, padeció de una salud débil pero mostró siempre un espíritu vivaz que transmitió al estilo de sus obras en prosa. Ingresó en el convento de la Encarnación a los diecisiete años, vocación que nunca abandonó. En el proceso de su vía ascética y mística, se entregó a la constancia y obediencia del enlace espiritual como "Esposa de Cristo". A pesar de la oposición, en 1562 inició la reforma de la nueva orden descalza carmelita para volver a la austeridad, la pobreza y la clausura y logró la fundación de varios conventos. Empezó a escribir por orden de sus confesores, redactando guías espirituales para las novicias y los discípulos descalzos, y testimonios de sus estados de arrobamiento, trance o éxtasis, recogidos en *Libro de la vida*, *Conceptos del amor de Dios*, *Camino de perfección* y, el más importante, *Las Moradas* o *Castillo interior*. Murió el 4 de octubre y de inmediato varios de sus miembros se volvieron reliquias. Al contar la célebre e insólita experiencia de la transverberación escribió: "Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo en su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento".

Mi amado para mí

Ya toda me entregué y di
Y de tal suerte he trocado
Que mi Amado para mí
Y yo soy para mi Amado.

Cuando el dulce Cazador
Me tiró y dejó herida
En los brazos del amor
Mi alma quedó rendida,
Y cobrando nueva vida
De tal manera he trocado
Que mi Amado para mí
Y yo soy para mi Amado.

Hirióme con una flecha
Enherbolada de amor
Y mi alma quedó hecha
Una con su Criador;
Ya yo no quiero otro amor,
Pues a mi Dios me he entregado,
Y mi Amado para mí
Y yo soy para mi Amado.

Muero porque no muero

Vivo sin vivir en mí
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero.

Vivo ya fuera de mí
Después que muero de amor,
Porque vivo en el Señor
Que me quiso para Sí.
Cuando el corazón le di
Puso en él este letrero:
Que muero porque no muero.

Esta divina prisión
Del amor con que yo vivo
Ha hecho a Dios mi cautivo
Y libre mi corazón;
Y causa en mí tal pasión
Ver a Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.
¡Ay, que larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma esta metida!
Sólo esperar la salida
Me causa dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

Ay, que vida tan amarga
Do no se goza el Señor!
Porque si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga:
Quíteme Dios esta carga
Más pesada que el acero,
Que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo el vivir
Me asegura mi esperanza.
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
Vida, no me seas molesta,
Mira que sólo te resta,
Para ganarte, perderte;
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba,
Que es la vida verdadera,
Hasta que esta vida muera
No se goza estando viva.
Muerte, no seas esquiva;
Viva muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Vida, ¿que puedo yo darle
A mi Dios que vive en mí,
Si no es perderte a ti
Para mejor a El gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues a El solo es al que quiero.
Que muero porque no muero.

Búscate en mí

Alma, buscarte has en Mí,
Y a Mí buscarme has en ti.
De tal suerte pudo amor,
Alma, en Mí te retratar,
Que ningún sabio pintor
Supiera con tal primor
Tal imagen estampar.

Fuiste por amor criada
Hermosa, bella, y ansí
En mis entrañas pintada,
Si te pierdes, mi amada,
Alma, buscarte has en Mí.

Que Yo sé que te hallarás
En mi pecho retratada
Y tan al vivo sacada,
Que si te ves te holgarás
Viéndote tan bien pintada.

Y si acaso no supieres
Donde me hallarás a Mí,
No andes de aquí para allí,
Sino, si hallarme quisieres
A Mí, buscarme has en ti.

Porque tú eres mi aposento,
Eres mi casa y morada,
Y ansí llamo en cualquier tiempo,
Si hallo en tu pensamiento
Estar la puerta cerrada.

Fuera de ti no hay buscarme,
Porque para hallarme a Mí,

Bastará solo llamarme,
Que a ti iré sin tardarme
Y a Mí buscarme has en ti.
Vuestra Soy
Vuestra soy, para Vos nací,
¿Qué mandáis hacer de mí?
Soberana Majestad,
Eterna sabiduría,
Bondad buena al alma mía,
Dios, alteza, un ser, bondad,
La gran vileza mirad
Que hoy os canta amor ansí.
¿Qué mandáis hacer de mí?
Vuestra soy, pues me criastes;
Vuestra, pues me redimistes;
Vuestra, pues que me sufristes;
Vuestra, pues que me llamastes;
Vuestra, pues me conservastes;
Vuestra, pues no me perdí.
¿Qué mandáis hacer de mí?
¿Que mandáis, pues, buen Señor,
Que haga tan vil criado?
¿Cuál oficio le havéis dado
A este esclavo pecador?
Veisme aquí, mi dulce Amor,
Amor dulce, veisme aquí,
¿Qué mandáis hacer de mí?

Veis aquí mi corazón,
Yo le pongo en vuestra palma
Mi cuerpo, mi vida y alma,
Mis entrañas y afición;
Dulce Esposo y redención,
Pues por vuestra me ofrecí
¿Qué mandáis hacer de mí?
Dadme muerte, dadme vida:
Dad salud o enfermedad,

Honra o deshonra me dad,
Dadme guerra o paz cumplida,
Flaqueza o fuerza a mi vida,
Que a todo digo que sí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme riqueza o pobreza,
Dadme consuelo o desconsuelo,
Dadme alegría o tristeza,
Dadme infierno o dadme cielo,
Vida dulce, sol sin velo,
Pues del todo me rendí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis, dadme oración,
Si no, dadme sequedad,
Si abundancia y devoción,
Y si no esterilidad.
Soberana Majestad,
Sólo hallo paz aquí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme, pues, sabiduría,
O por amor ignorancia.
Dadme años de abundancia
O de hambre y carestía,
Dad tiniebla o claro día,
Revolvedme aquí o allí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis que este holgando,
Quiero por amor holgar,
Si me mandáis trabajar,
Morir quiero trabajando.
Decid, dónde, cómo y cuándo.

Decid, dulce Amor, decid.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme Calvario o Tabor,
Desierto o tierra abundosa,
Sea Job en el dolor,
O Juan que al pecho reposa;
Sea viña fructuosa
O estéril, si cumple ansí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Sea Josef puesto en cadenas
O de Egipto Adelantado,
O David sufriendo penas,
O ya David encumbrado.
Sea Jonás anegado,
O libertado de allí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Esté callando o hablando,
Haga fruto o no le haga,
Muéstreme la Ley mi llaga,
Goce de Evangelio blando,
Esté penando o gozando,
Sólo Vos en mí vivid.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Vuestra soy, para Vos nací,
¿Qué mandáis hacer de mí?

Hermosura de Dios

¡Oh, Hermosura que excedéis
a todas las hermosuras!
Sin herir dolor hacéis,
Y sin dolor deshacéis
El amor de las criaturas.

¡Oh, ñudo que así juntáis
Dos cosas tan desiguales!
No sé por qué os desatáis,
Pues atado fuerza dais
A tener por bien los males.

Juntáis quien no tiene ser
Con el Ser que no se acaba:
Sin acabar acabáis,
Sin tener que amar amáis,
Engrandecéis vuestra nada

Ayes del destierro

¡Cuán triste es, Dios mío;
La vida sin ti!
Ansiosa de verte
Deseo morir.
Carrera muy larga
Es la de este suelo,
Morada penosa,
Muy duro destierro.
¡Oh dueño adorado,
Sácame de aquí!
Ansiosa de verte
Deseo morir.
Lúgubre es la vida,
Amarga en estremo;
Que no vive el alma
Que está de ti lejos.
¡Oh dulce bien mío,
Que soy infeliz!
Ansiosa de verte
Deseo morir.
iOh muerte benigna,
Socorre mis penas!
Tus golpes son dulces,
Que el alma libertan.
iQue dicha, oh mi amado,
Estar junto a Ti!
Ansiosa de verte
Deseo morir.
El amor mundano
Apega a esta vida;
El amor divino
Por la otra suspira.
Sin ti, Dios eterno,
¿Quien puede vivir?

Ansiosa de verte
Deseo morir.
La vida terrena
Es continuo duelo;
Vida verdadera
La hay sólo en el cielo.
Permite, Dios mío,
Que viva yo allí.
Ansiosa de verte
Deseo morir.
¿Quien es el que teme
La muerte del cuerpo,
Si con ella logra
Un placer inmenso?
¡Oh, sí, el de amarte,
Dios mío, sin fin!
Ansiosa de verte
Deseo morir.
Mi alma afligida
Gime y desfallece.
¡Ay! ¿Quien de su amado
Puede estar ausente?
Acabe ya, acabe
Aqueste sufrir.
Ansiosa de verte
Deseo morir.
El barbo cogido
En doloso anzuelo
Encuentra en la muerte
El fin del tormento.
¡Ay!, también yo sufro,
Bien mío, sin ti.
Ansiosa de verte
Deseo morir.
En vano mi alma
Te busca, ¡oh mi dueño!;
Tu siempre invisible

No alivias su anhelo.
¡Ay!, esto la inflama
Hasta prorrumpir:
Ansiosa de verte
Deseo morir.
¡Ay!, cuando te dignas
Entrar en mí pecho,
Dios mío, al instante
El perderte temo.
Tal pena me aflige
Y me hace decir:
Ansiosa de verte
Deseo morir.
Haz, Señor, que acabe
Tan larga agonía,
Socorre a tu sierva
Que por ti suspira.
Rompe aquestos hierros
Y sea feliz.
Ansiosa de verte
Deseo morir.
Mas no, dueño amado,
Que es justo padezca;
Que expíe mis yerros,
Mis culpas inmensas.
¡Ay!, logren mis lágrimas
Te dignes oír
Ansiosa de verte
Deseo morir.

Fray Luis de León

1527-1591



Fray Luis de León por Adolphe Varin [1821-1897]
Col. Biblioteca Nacional de España

Nacido en Cuenca y descendiente de hidalgos de origen judío, además de haber sido el poeta del estoicismo, la serenidad interior, la búsqueda de la armonía y la entrega a la voluntad divina, fue también un reconocido filólogo, traductor, catedrático y editor; encargado, por ejemplo, de la publicación de las obras de santa Teresa de Jesús en 1588. A los catorce años se trasladó desde Madrid a Salamanca para iniciar estudios, donde ingresó a la orden de los agustinos, profesando como fraile en 1544. Bachiller de Toledo y Maestro en Teología de Salamanca, sufrió, al igual que sus antepasados, la persecución del Santo Oficio, como consecuencia de la traducción de fragmentos de la Biblia, principalmente el Cantar de los cantares. Encarcelado en Valladolid en 1572, ideó en su celda, como lo haría también su alumno san Juan de la Cruz, parte de su más importante obra poética como De los nombres de Cristo y Canción a Nuestra Señora. Libre de cargos en 1576, recuperó su oficio de catedrático en Salamanca y escribió obras didácticas de gran aceptación como La perfecta casada. En 1631, cuarenta años después de su muerte, Francisco de Quevedo editó e imprimió por primera vez sus obras. “El hombre más callado que se ha conocido”, dijo de él el pintor andaluz Francisco Pacheco.

ODA I

VIDA RETIRADA

¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido;

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio Moro, en jaspe sustentado!

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento
si soy del vano dedo señalado;
si, en busca deste viento,
ando desalentado
con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh monte, oh fuente, oh río,!
¡Oh secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño

vanamente severo
de a quien la sangre ensalza o el dinero.

Despiértenme las aves
con su cantar sabroso no aprendido;
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
el que al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera,
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
por ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego, sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo
y con diversas flores va esparciendo.

El aire del huerto orea
y ofrece mil olores al sentido;
los árboles menea
con un manso ruïdo

que del oro y del cetro pone olvido.

Téngase su tesoro
los que de un falso leño se confían;
no es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna, al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla
mesa de amable paz bien abastada
me basta, y la vajilla,
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserablemente
se están los otros abrazando
con sed insaciable
del peligroso mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,
de hiedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce, acordado,
del plectro sabiamente meneado.

Oda XXIII

La salida de la cárcel

Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,

y con pobre mesa y casa
en el campo deleitoso
con sólo Dios se compasa
y a solas su vida pasa
ni envidiado ni envidioso.

Oda XIV

Al apartamiento

¡Oh ya seguro puerto
de mi tan luengo error! ¡oh deseado
para reparo cierto
del grave mal pasado!
¡reposo dulce, alegre, reposado!;
techo pajizo, adonde
jamás hizo morada el enemigo
cuidado, ni se asconde
invidia en rostro amigo,
ni voz perjura, ni mortal testigo;

sierra que vas al cielo
altísima, y que gozas del sosiego
que no conoce el suelo,
adonde el vulgo ciego
ama el morir, ardiendo en vivo fuego:

recíbeme en tu cumbre,
recíbeme, que huyo perseguido
la errada muchedumbre,
el trabajar perdido,
la falsa paz, el mal no merecido;

y do está más sereno
el aire me coloca, mientras curo
los daños del veneno
que bebí mal seguro,
mientras el mancillado pecho apuro;

mientras que poco a poco
borro de la memoria cuanto impreso
dejó allí el vivir loco
por todo su proceso

vario entre gozo vano y caso avieso.

En ti, casi desnudo
deste corporal velo, y de la asida
costumbre roto el ñudo,
traspasaré la vida
en gozo, en paz, en luz no corrompida;

de ti, en el mar sujeto
con lástima los ojos inclinando,
contemplaré el aprieto
del miserable bando,
que las saladas ondas va cortando:

el uno, que surgía
alegre ya en el puerto, salteado
de bravo soplo, guía,
apenas el navío desarmado;

el otro en la encubierta
peña rompe la nave, que al momento
el hondo pide abierta;
al otro calma el viento;
otro en las bajas Sirtes hace asiento;

a otros roba el claro
día, y el corazón, el aguacero;
ofrecen al avaro
Neptuno su dinero;
otro nadando huye el morir fiero.

Esfuerza, opón el pecho,
mas ¿cómo será parte un afligido
que va, el leño deshecho,
de flaca tabla asido,
contra un abismo inmenso embravecido?

¡Ay, otra vez y ciento
otras seguro puerto deseado!
no me falte tu asiento,
y falte cuanto amado,
cuanto del ciego error es cudiciado.

Oda VIII
Noche Serena

A Don Loarte

Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado,

El amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente;
despiden larga vena
los ojos hechos fuente;
Loarte y digo al fin con voz doliente:

«Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,
el alma, que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, escura?

¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que, de tu bien divino
olvidado, perdido
sigue la vana sombra, el bien fingido?

El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando;
y, con paso callado,
el cielo, vueltas dando,
las horas del vivir le va hurtando.

¡Oh, despertad, mortales!
Mirad con atención en vuestro daño.

Las almas inmortales,
hechas a bien tamaño,
¿podrán vivir de sombra y de engaño?

¡Ay, levantad los ojos
aquesta celestial eterna esfera!
burlaréis los antojos
de aquesa lisonjera
vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¿Es más que un breve punto
el bajo y torpe suelo, comparado
con ese gran trasunto,
do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternales,
su movimiento cierto
sus pasos desiguales
y en proporción concorde tan iguales;

la luna cómo mueve
la plateada rueda, y va en pos della
la luz do el saber llueve,
y la graciosa estrella
de amor la sigue reluciente y bella;

y cómo otro camino
prosigue el sanguinoso Marte airado,
y el Júpiter benino,
de bienes mil cercado,
serena el cielo con su rayo amado;

–rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
tras él la muchedumbre

del reluciente coro
su luz va repartiendo y su tesoro–:

¿quién es el que esto mira
y precia la bajeza de la tierra,
y no gime y suspira
y rompe lo que encierra
el alma y destos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
aquí reina la paz; aquí, asentado
en rico y alto asiento,
está el Amor sagrado,
de glorias y deleites rodeado.

Inmensa hermosura
aquí se muestra toda, y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece.

¡Oh campos verdaderos!
¡Oh prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!
¡Oh deleitosos senos!
¡Repuestos valles, de mil bienes llenos!»

Oda XVII

En una esperanza que salió vana

Huid, contentos, de mi triste pecho;
¿qué engaño os vuelve a do nunca pudistes
tener reposo ni hacer provecho?

Tened en la memoria cuando fuistes
con público pregón, ¡ay!, desterrados
de toda mi comarca y reinos tristes,
a do ya no veréis sino nublados,
y viento, y torbellino, y lluvia fiera,
suspiros encendidos y cuidados.

No pinta el prado aquí la primavera,
ni nuevo sol jamás las nubes dora,
ni canta el ruiseñor lo que antes era.

La noche aquí se vela, aquí se llora
el dia miserable sin consuelo
y vence el mal de ayer el mal de agora.

Guardad vuestro destierro, que ya el suelo
no puede dar contento al alma mía,
si ya mil vueltas diere andando el cielo.

Guardad vuestro destierro, si alegría,
si gozo, y si descanso andáis sembrando,
que aqueste campo abrojos solo cría.

Guardad vuestro destierro, si tornando
de nuevo no queréis ser castigados
con crudo azote y con infame bando.

Guardad vuestro destierro que, olvidados
de vuestro ser, en mí seréis dolores:

¡tal es la fuerza de mis duros hados!

Los bienes más queridos y mayores
se mudan, y en mi daño se conjuran,
y son, por ofenderme, a sí traidores.

Mancíllanse mis manos, si se apuran;
la paz y la amistad, que es cruda guerra;
las culpas faltan, más las penas duran.

Quien mis cadenas más estrecha y cierra
es la inocencia mía y la pureza;
cuando ella sube, entonces vengo a tierra.

Mudó su ley en mí naturaleza,
y pudo en mí el dolor lo que no entiende
ni seso humano ni mayor viveza.

Cuanto desenlazarse más pretende
el pájaro captivo, más se enliga,
y la defensa mía más me ofende.

En mí la culpa ajena se castiga
y soy del malhechor, ¡ay!, prisionero,
y quieren que de mí la Fama diga:

«Dichoso el que jamás ni ley ni fuero,
ni el alto tribunal, ni las ciudades,
ni conoció del mundo el trato fiero.

Que por las inocentes soledades,
recoge el pobre cuerpo en vil cabaña,
y el ánimo enriquece con verdades.

Cuando la luz el aire y tierras baña,
levanta al puro sol las manos puras,
sin que se las aplomen odio y saña.

Sus noches son sabrosas y seguras,
la mesa le bastece alegremente
el campo, que no rompen rejas duras.

Lo justo le acompaña, y la luciente
verdad, la sencillez en pechos de oro,
la fee no colorada falsamente.

De ricas esperanzas almo coro,
y paz con su descuido le rodean,
y el gozo, cuyos ojos huye el lloro.»

Allí, contento, tus moradas sean;
allí te lograrás, y a cada uno
de aquellos que de mi saber desean,
les di que no me viste en tiempo alguno.

Del mundo y su vanidad

Los que tenéis en tanto
la vanidad del mundanal ruido,
cual áspide al encanto
del Mágico temido,
podréis tapar el contumaz oído.

Porque mi ronca musa,
en lugar de cantar como solía,
tristes querellas usa,
y a sátira la guía
del mundo la maldad y tiranía.

Escuchen mi lamento
los que, cual yo, tuvieren justas quejas,
que bien podrá su acento
abrasar las orejas,
rugar la frente y enarcar las cejas.

Mas no podrá mi lengua
sus males referir, ni comprehendellos,
ni sin quedar sin mengua
la mayor parte dellos,
aunque se vuelven lenguas mis cabellos.

Pluguiera a Dios que fuera
igual a la experiencia el desengaño,
que daros le pudiera,
porque, si no me engaño,
naciera gran provecho de mi daño.

No condeno del mundo
la máquina, pues es de Dios hechura;
en sus abismos fundo
la presente escritura,

cuya verdad el campo me asegura.

Inciertas son sus leyes,
incierta su medida y su balanza,
sujetos son los reyes,
y el que menos alcanza,
a miserable y súbita mudanza.

No hay cosa en él perfecta;
en medio de la paz arde la guerra,
que al alma más quieta
en los abismos cierra,
y de su patria celestial destierra.

Es caduco, mudable,
y en sólo serlo más que peña firme;
en el bien variable,
porque verdad confirme
y con decillo su maldad afirme.

Largas sus esperanzas
y, para conseguir, el tiempo breve;
penosas las mudanzas
del aire, sol y nieve,
que en nuestro daño el cielo airado mueve.

Con rigor enemigo
las cosas entre sí todas pelean,
mas el hombre consigo;
contra él todas se emplean,
y toda perdición suya desean.

La pobreza envidiosa,
la riqueza de todos envidiada;
mas ésta no reposa
para ser conservada,
ni puede aquélla tener gusto en nada.

La soledad huida
es de los por quien fue más alabada,
la trápala seguida
y con sudor comprada
de aquellos por quien fue menospreciada.

Es el mayor amigo
espejo, día, lumbre en que nos vemos;
en presencia testigo
del bien que no tenemos,
y en ausencia del mal que no hacemos.

Pródigo en prometernos
y, en cumplir tus promesas, mundo, avaro,
tus cargos y gobiernos
nos enseñan bien claro
que es tu mayor placer, de balde, caro.

Guay del que los procura,
pues hace la prisión, a do se queda
en servidumbre dura,
cual gusano de seda,
que en su delgada fábrica se enreda.

Porque el mejor es cargo,
y muy pesado de llevar agora,
y después más amargo,
pues perdéis a deshora
su breve gusto que sin fin se llora.

Tal es la desventura
de nuestra vida, y la miseria della,
que es próspera ventura
nunca jamás tenella
con justo sobresalto de perdella.

¿De dó, señores, nace
que nadie de su estado está contento,
y más le satisface
al libre el casamiento,
y al que es casado el libre pensamiento?

«¡Oh, dichosos tratantes!»,
ya quebrantado del pegado hierro,
escapado denantes
por acertado yerro,
dice el soldado en áspero destierro,

«que pasáis vuestra vida
muy libre ya de trabajosa pena,
segura la comida
y mucho más la cena,
llena de risa y de pesar ajena».

«¡Oh, dichoso soldado!»,
responde el mercader del espacioso
mar en alto llevado,
«que gozas de reposo
con presta muerte o con vencer glorioso».

El rústico villano
la vida con razón invidia y ama
del consulto tirano,
que desde la su cama
oye la voz del consultor que llama;

el cual, por la fianza
del campo a la ciudad por mal llevado,
llama, sin esperanza
del buey y corvo arado,
al ciudadano bienaventurado.

Y no sólo sujetos

los hombres viven a miserias tales,
que por ser más perfetos
lo son todos sus males,
sino también los brutos animales.

Del arado quejoso,
el perezoso buey pide la silla,
y el caballo brioso
(mirad qué maravilla)
querría más arar que no sufrilla.

Y lo que más admira,
mundo cruel, de tu costumbre mala,
es ver cómo el que aspira
al bien, que le señala
su misma inclinación, luego resbala.

Pues no tan presto llega
al término por él tan deseado,
cuando es de torpe y ciega
voluntad despreciado,
o de fortuna en tierno agraz cortado.

Bastáranos la prueba
que en otros tiempos ha la muerte hecho,
sin la funesta nueva,
de don Juan, cuyo pecho
alevemente della fue deshecho.

Con lágrimas de fuego,
hasta quedar en ellas abrasado
o, por lo menos, ciego,
de mí serás llorado,
por no ver tanto bien tan malogrado.

La rigurosa muerte,
del bien de los cristianos invidiosa,

rompió de un golpe fuerte
la esperanza dichosa,
y del infiel la pena temerosa.

Mas porque de cumplida
gloria no goce –de morir tal hombre–
la gente descreída,
tu muerte les asombre
con sólo la memoria de tu nombre.

Sientan lo que sentimos;
su gloria vaya con pesar mezclada;
recuérdense que vimos
la mar acrecentada
con su sangre vertida y no vengada.

La grave desventura
del Lusitano, por su mal valiente,
la soberbia bravura
de su bisoña gente,
desbaratada miserablemente,

siempre debe llorarse,
si, como manda la razón, se llora;
mas no podrá jactarse
la parte vencedora,
pues reyes dio por rey la gente mora.

Ansí que nuestra pena
no les pudo causar perpetua gloria,
pues, siendo toda llena
de sangrienta memoria,
no se pudo llamar buena vitoria.

Callo las otras muertes
de tantos reyes en tan pocos días,
cuyas fúnebres suertes

fueron anatomías,
que liquidar podrán las peñas frías.

Sin duda cosas tales,
que en nuestro daño todas se conjuran,
de venideros males
muestras nos aseguran
y al fin universal nos apresuran.

¡Oh, ciego desatino!,
que llevas nuestras almas encantadas
por áspero camino,
por partes desusadas,
al reino del olvido condenadas.

Sacude con presteza
del leve corazón el grave sueño
y la tibia pereza,
que con razón desdeño,
y al ejercicio aspira que te enseño.

Soy hombre piadoso
de tu misma salud, que va perdida;
sácala del penoso
trance do está metida:
evitarás la natural caída,

a la cual nos inclina
la justa pena del primer bocado;
mas en la rica mina
del inmortal costado,
muerto de amor, serás vivificado.

San Juan de la Cruz

1542-1591



San Juan de la Cruz, Primer Carmelita Descalzo, Dr Místico, Varón estático, terror de el infierno, y Abogado singular de las que se hallan en partos peligrosos, 1760 por Francisco Bru [1733-1803] Col. Biblioteca Nacional de España

Considerado uno de los máximos renovadores del lenguaje poético, a Juan de Yepes y Álvarez, nacido en Fontiveros, la miseria lo obligó a ejercer múltiples oficios desde niño: plañidero en entierros, limosnero, sastre, carpintero, pintor, ayudante de enfermería. Con una subvención del hospital, logró estudiar donde los jesuitas en Medina del Campo entre 1559 y 1563. Inició la profesión religiosa bajo el nombre de Juan de Santo Matía en el convento de los carmelitas, ordenándose sacerdote en 1567, año de su primer encuentro con santa Teresa, quien lo invitó a colaborar en la reforma de la orden y fundación de nuevos conventos. Estudió en Salamanca, donde consolidó su fama de austeridad y espiritualidad, en éxtasis desconcertantes, exacerbados para sus condiscípulos. Perseguido en 1877 por los Calzados, pasó nueve meses en una celda en Toledo, donde, se dice, imaginó su obra cumbre el Cántico o Cántico Espiritual. Conciente de la simbología hermética de sus textos, redactó tratados y comentarios como Subida al Monte Carmelo, Noche Oscura y Llama de amor viva, con los que intentó explicar el enigma de nombrar lo que no tiene nombre. Cuentan que la noche de su muerte pidió a sus hermanos de hábito que le leyeran el Cantar de los cantares, la luminosa fuente de donde brotó la inspiración para su “noche oscura del alma”.

Canciones entre el alma y el esposo

Cántico espiritual

Esposa

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.

Pastores, los que fuerdes
allá por las majadas al otero:
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

Pregunta a las criaturas

¡Oh bosques y espesuras,
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
de flores esmaltado!
Decid si por vosotros ha pasado.

Respuesta de las criaturas

Mil gracias derramando
pasó por estos Sotos con presura,
e, yéndolos mirando,
con sola su figura

vestidos los dejó de su hermosura.

Esposa

¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero:
no quieras enviarme
de hoy más ya mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.

Y todos cuantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan,
y déjame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.

Mas ¿cómo perseveras,
¡oh vida!, no viviendo donde vives,
y haciendo porque mueras
las flechas que recibes
de lo que del Amado en ti concibes?

¿Por qué, pues has llagado
aqueste corazón, no le sanaste?
Y, pues me le has robado,
¿por qué así le dejaste,
y no tomas el robo que robaste?

Apaga mis enojos,
pues que ninguno basta a deshacellos,
y véante mis ojos,
pues eres lumbre dellos,
y sólo para ti quiero tenellos.

Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura

sino con la presencia y la fugura.

¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente los ojos deseados que tengo en mis entrañas dibujados!

¡Apártalos, Amado,
que voy de vuelo!

Esposo

Vuélvete, paloma,
que el ciervo vulnerado
por el otero asoma
al aire de tu vuelo, y fresco toma.

Esposa

Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos,

la noche sosegada
en par de los levantes del aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora.

Cogednos las raposas,
que está ya florecida nuestra viña,
en tanto que de rosas
hacemos una piña,
y no parezca nadie en la montiña.

Nuestro lecho florido,

de cuevas de leones enlazado,
en púrpura tendido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado.

Detente, cierzo muerto;
ven, austro, que recuerdas los amores,
aspira por mi huerto,
y corran sus olores,
y pacerá el Amado entre las flores.

Oh ninfas de Judea!,
en tanto que en las flores y rosales
el ámbar perfumea,
morá en los arrabales,
y no queráis tocar nuestros umbrales.

Escóndete, Carillo,
y mira con tu haz a las montañas,
y no quieras decillo;
mas mira las compañas
de la que va por ínsulas extrañas

A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores
y miedos de las noches veladores:

Por las amenas liras
y canto de serenas os conjuro
que cesen vuestras iras,
y no toquéis al muro,
porque la esposa duerma más seguro.

Esposo:

Entrado se ha la esposa

en el ameno huerto deseado,
y a su sabor reposa,
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos deI Amado.

Debajo del manzano,
allí conmigo fuiste desposada.
allí te di la mano,
y fuiste reparada
donde tu madre fuera violada.

Nuestro lecho florido,
de cuevas de leones enlazado,
en púrpura tendido,
de paz edificado,
de mil escudos de oro coronado.

A zaga de tu huella
las jóvenes discurren al camino,
al toque de centella,
al adobado vino,
emisiones de bálsamo divino.

En la interior bodega
de mi Amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía;
y el ganado perdí que antes seguía.

Allí me dio su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa;
y yo le di de hecho
a mí, sin dejar cosa:
allí le prometí de ser su Esposa.

Mi alma se ha empleado,
y todo mi caudal en su servicio;

ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio.

Pues ya si en el ejido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido;
que, andando enamorada,
me hice perdidiza, y fui ganada.

De flores y esmeraldas,
en las frescas mañanas escogidas,
haremos las guirnaldas
en tu amor florecidas
y en un cabello mío entretejidas.

En solo aquel cabello
que en mi cuello volar consideraste,
mirástele en mi cuello,
y en él preso quedaste,
y en uno de mis ojos te llagaste.

Cuando tú me mirabas
su gracia en mí tus ojos imprimían;
por eso me adamabas,
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti vían.

No quieras despreciarme,
que, si color moreno en mi hallaste,
ya bien puedes mirarme
después que me miraste,
que gracia y hermosura en mi dejaste.

La blanca palomica
al arca con el ramo se ha tornado
y ya la tortolica

al socio deseado
en las riberas verdes ha hallado.

En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.

Esposa:

Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte ó al collado
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.

Y luego a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos,
que están bien escondidas,
y allí nos entraremos,
y el mosto de granadas gustaremos

Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía,
y luego me darías
allí, tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día:

El aspirar del aire,
el canto de la dulce Filomena,
el soto y su donaire,
en la noche serena,
con llama que consume y no da pena

Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecía,
y el cerco sosegaba,

y la caballería
a vista de las aguas descendía.

Noche oscura

Canciones del alma que se goza de haber llegado al alto estado de la perfección, que es la unión con dios, por el camino de la negación espiritual.

En una noche oscura,
con ansias, en amores inflamada
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada.

A oscuras y segura,
por la secreta escala disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!,
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.

Aquésta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía,
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

¡Oh noche que guiaste!
¡Oh noche amable más que la alborada!
¡Oh noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!

En mi pecho florido,
que entero para él sólo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba

El aire de la almena,
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería
y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

Canciones del alma en la íntima comunicación, de unión de amor de Dios

¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres;
¡rompe la tela de este dulce encuentro!

¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
que a vida eterna sabe,
y toda deuda paga!
Matando muerte en vida la has trocado.

¡Oh lámparas de fuego,
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto a su Querido!

¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente solo moras
y en tu aspirar sabroso,
de bien y gloria lleno,
cuán delicadamente me enamoras!

Coplas del alma que pena por ver a Dios

Vivo sin vivir en mí
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.

En mí yo no vivo ya,
y sin Dios vivir no puedo;
pues sin él y sin mí quedo,
este vivir ¿qué será?
Mil muertes se me hará,
pues mi misma vida espero,
muriendo porque no muero.

Esta vida que yo vivo
es privación de vivir;
y así, es continuo morir
hasta que viva contigo.
Oye, mi Dios, lo que digo:
que esta vida no la quiero,
que muero porque no muero.

Estando ausente de ti
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer
la mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
pues de suerte persevero,
que muero, porque no muero.

El pez que del agua sale
aun de alivio no carece,
que en la muerte que padece
al fin la muerte le vale.
¿Qué muerte habrá que se iguale
a mi vivir lastimero,

pues si más vivo más muero?

Cuando me pienso aliviar
de verte en el Sacramento,
háceme más sentimiento
el no te poder gozar;
todo es para más penar
por no verte como quiero,
y muero porque no muero.

Y si me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
en ver que puedo perderte
se me dobla mi dolor;
viviendo en tanto pavor
y esperando como espero,
muérome porque no muero.

¡Sácame de aquesta muerte
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que peno por verte,
y mi mal es tan entero,
que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya
y lamentaré mi vida,
en tanto que detenida
por mis pecados está.
¡Oh mi Dios!, ¿cuándo será
cuando yo diga de vero:
vivo ya porque no muero?

Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por fe

¡Qué bien sé yo la fonte que mane y corre,
aunque es de noche!

Aquella eterna fonte está escondida.
¡Que bien sé yo do tiene su manida,
aunque es de noche!

Su origen no lo sé, pues no le tiene,
mas sé que todo origen de ella tiene,
aunque es de noche.

Sé que no puede ser cosa tan bella,
y que cielos y tierra beben de ella,
aunque es de noche.

Bien sé que suelo en ella no se halla,
y que ninguno puede vadealla,
aunque es de noche.

Su claridad nunca es oscurecida,
y sé que toda luz de ella es venida,
aunque es de noche.

Sé ser tan caudalosos sus corrientes.
que infiernos, cielos riegan y las gentes,
aunque es de noche.

El corriente que nace de esta fuente
bien sé que es tan capaz y omnipotente,
aunque es de noche.

El corriente que de estas dos procede
sé que ninguna de ellas le precede,
aunque es de noche.

Aquesta eterna fonte está escondida
en este vivo pan por darnos vida,
aunque es de noche.

Aquí se está llamando a las criaturas,
y de esta agua se hartan, aunque a oscuras
porque es de noche.

Aquesta viva fuente que deseo,
en este pan de vida yo la veo,
aunque es de noche.

Sor Juana Inés de la Cruz

1648-1695



FAMA, Y OBRAS
POSTHUMAS
DEL FENIX DE MEXICO,
DECIMA MUSA, POETISA AMERICANA,
SOR JUANA INES DE LA CRUZ,
RELIGIOSA PROFESSA
EN EL CONVENTO DE SAN GERONIMO
DE LA IMPERIAL CIUDAD DE MEXICO:
CONSAGRALAS
A LA MAGESTAD CATHOLICA
DE LA REYNA NUESTRA SEÑORA DOÑA MARIANA
DE NEOBURG BAVIERA
PALATINA DEL RHIN,
POR MANO DE LA EXC.MA SEÑORA DOÑA JUANA
De Aragon y Cortès, Duquesa de Monteleon, y Terra-Nova;
Marquesa del Valle de Goaxaca, &c.
EL DOCTOR DON JUAN IGNACIO
de Castorena y Ursua, Capellan de Honor de su Magestad,
Protonotario Juez Apostolico por su Santidad, Theologo,
Examinador de la Nunciatura de España, Prebendado
de la Santa Iglesia Metropolitana
de Mexico.
CON PRIVILEGIO.
En MADRID: En la Imprenta de MANUEL RUIZ DE MURGA,
à la Calle de la Habada. Año de 1700.

Sor Juana Inés de la Cruz Sor Juana Inés de la Cruz Fama y obras postumas […]
Anónimo mexicano, siglo 17º Madrid, 1700

Llamada la Décima Musa y Fénix de América, Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Santillana, fue la más importante y prolífica heredera americana de la poesía y la prosa del llamado Siglo de Oro. Mantuvo contacto con pensadores y poetas y con la corte virreinal de México. Demostró un precoz ingenio creativo, trasladado posteriormente a su obra, que aún sorprende y atrae a lectores contemporáneos. Hija ilegítima de una criolla y un militar español, sor Juana fue la clarísima excepción intelectual entre los miles de novicios y novicias que poblaban las celdas de los conventos y monasterios de la Nueva España. Renunció al extremo voto de clausura de las carmelitas, para ingresar a la orden de las jerónimas, con reglas más suaves que permitían los lazos con el mundo cotidiano exterior. Allí escribió poesía sacra y secular, hizo experimentos científicos y compuso villancicos para la Navidad. Autora de una extensa obra epistolar, hoy desaparecida, la mayor parte de su obra poética fue escrita por encargos y resulta difícil de fechar. Escribió loas, autos, reflexiones teológicas como la Carta atenagórica y experiencias filosóficas como Primero sueño. Murió de peste, después de renunciar a sus obras y posesiones. El poeta Octavio Paz sintetizó que lo incomparable en la obra de sor Juana está en “la perfección de una forma” estilística.

VILLANCICOS DE NAVIDAD

Villancicos que se cantaron en la S. I. Catedral de la Puebla de los Ángeles, en los Maitines solemnes del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, este año de de 1689.

PRIMERO NOCTURNO

VILLANCICO I

Introducción

Por celebrar del Infante
el temporal Nacimiento,
los cuatro elementos vienen: Agua, Tierra, y Aire
y Fuego.
Con razón, pues se compone
la humanidad de su Cuerpo
de Agua, Fuego, Tierra y Aire, limpia, puro, frágil,
fresco.
En el Infante mejoran
sus calidades y centros,
pues les dan mejor esfera Ojos, Pecho, Carne,
Aliento.

A tanto favor rendidos,
en amorosos obsequios
buscan, sirven, quieren, aman,
prestos, finos, puros, tiernos.

Estribillo

Y todos concordes
se van a mi Dueño,
que Humanado le sirven
los cuatro elementos:
el Agua a sus Ojos,

el Aire a su Aliento,
la Tierra a sus Plantas,
el Fuego a su Pecho;
que de todos, el Niño
hoy hace un compuesto.

Coplas

Pues está tiritando
Amor en el hielo,
y la escarcha y la nieve
me lo tienen preso,
¿quién le acude?
¡E Agua!
        ¡La Tierra!
                ¡El Aire!
¡No, sino el Fuego!
Pues al Niño fatigan
sus penas y males,
y a sus ansias no dudo
que alientos le falten,
¿quién le acude?
¡El Fuego!
        ¡La Tierra!
                ¡El Agua!
¡No, sino el Aire!
Pues el Niño amoroso
tan tierno se abrasa, que respira en Volcanes
diluvios de llamas,
¿quién le acude?
¡El Aire!
        ¡El Fuego!
                ¡La Tierra!
¡No, sino el Agua!
Si por la tierra el Niño
los Cielos hoy deja,
y no halla en qué descanse
su Cabeza en ella,

¿quién le acude?
¡El Agua!
¡El Fuego!
¡El Aire!
¡No, mas la Tierra!

*

VILLANCICO II

Estribillo

Al Niño Divino que llora en Belén,
¡dejen-le,
pues llorando mi mal, consigo mi bien!
        ¡Déjen-lé,
que a lo Criollito yo le cantaré!
        ¡Le, le,
que le, le, le!

Coplas

Sed tiene de penas
Dios, y es bien le den
sus ojos el agua,
el barro mi ser:
¡dejen-lé!

Dejen que el Sol llore;
pues aunque al nacer
también llora el Alba,
no llora tan bien:
¡déjen-lé,
que es el llanto del mal,
aurora del bien!
        ¡Déjen-lé,

que a lo Criollito yo le cantaré!
Que mi llanto enjugue
su llanto, y que esté

Dios conmigo Humano
yo enjuto con Él:
¡déjen-lé!

Si es Piedra Imán Cristo,
y es tan al revés,
que al Imán un yerro
le pudo atraer,
¡déjen-lé,
que venir Dios a tierra,
levantarme es!
        ¡Déjen-lé!
        ¡Que esté, cuando el tiempo
es criado de Él,
a la ley sujeto de un tiempo sin ley!
¡Déjen-lé!

¡Que al ver Dios al hombre
tormenta correr,
baje Él, siendo en mares
de llanto, Bajel!
        ¡Dejen-le,
        que todo es Mar y Cielo
cuanto allí se ve!
¡Déjen-lé!
¡Que en pajiza cuna,
de su Luz dosel,
el Sol cuando nace
se venga a poner!
¡Déjen-lé!

Si Dios por no herirme,
siendo recto Juez,
Humano convierte
el rayo en laurel,
¡déjen-lé,
que llorando mi mal,

consigo mi bien!
        ¡Déjen-lé,
que a lo Criollito yo le cantaré!

*

VILLANCICO III

Introducción

El Alcadde de Belén
en la Noche Buena, viendo
que se puso el azul raso
como un negro terciopelo,
        hasta ver nacer al Sol,
de faroles llena el pueblo,
y anuncia al Alba en su parto
un feliz alumbramiento.

Estribillo

Oigan atentos;
y porque ninguno
se niegue al precepto,
el poner en Belén luminarias
lo lleva el Alcalde a sangre y a fuego.

Oigan atentos,
y todos con luces
coronen el pueblo.
Que con los faroles,
las calles son soles.
Ninguno se esconda,
que empieza la ronda,
y al zagal que su luz no llevare
lo pone a la sombra.

Seguidillas Reales

Sin farol se venía una Dueña,
guardando el semblante,

porque dice que es muy conocida
por las Navidades.
    En Belén los faroles no quiso
poner un Tudesco,
que en sus ojos llevaba linternas
con luz de sarmientos.
    Por estar sin farol, puso un Pobre
candil mal parado;
porque aunque es cosa fea, en efecto,
tiene garabato.

Encontró con el Buey, y no pudo
llevarle la pena;
porque el Buey nunca sale de casa
sin sus dos linternas.
    Con farol encendido iba un Ciego,
diciendo con gracia:
¿Dónde está la Palabra nacida,
que no veo palabra?
    Viendo a un Sastre sin luz, el Alcalde
mandó, por justicia,
que cerilla y velilla encendiese,
y su candelilla.
Un Poeta salió sin linterna,
por no tener blanca;
que aunque puede salir a encenderla,
no sale a pagarla.
    Del Doctor el farol apagóse,
al ir visitando;
por más señas, que no es el primero
que ha muerto en sus manos.
    Sin farol un Hipócrita estaba,
y díjole: Hermano,
mal parece que esté sin faroles
un cuerpo de Santo.
En Belén sin faroles entraron,
a fin de que todos

tropezando en su dicha, en el Niño
diesen de ojos.

*

Segundo nocturno

Villancico IV

Introducción

Hoy, que el mayor de los reyes,
llega del Mundo a las puertas,
a todos sus pretendientes
ha resuelto dar Audiencia.
        Atended: porque hoy, a todos,
los memoriales decreta, y a su Portal privilegios
concede de covachuela,

Estribillo

¡Venid, Mortales, venid a la Audiencia,
que hoy hace mercedes un Rey en la tierra,
y de sus decretos nadie se reserva!
        Venid, pues consiste
el que logro tengan
vuestros memoriales,
en que hechos bien vengan.
        Y hoy, que sus mayores
Validos le cercan,
Josef y María,
la gracia está cierta.
        Y pues no hay en el Mundo quien no pretenda,
¡venid, Mortales, venid a la Audiencia! &.

Coplas

Adán, Señor, que goza,
por labrador, indultos de Nobleza,
hoy se halla preso y pobre,
forjando de su yerro su cadena;
pide una espera,
pues el Mundo obligado
tiene a sus deudas.

Atended al decreto que lleva:
En el Limbo por cárcel
quédese ahora,
que hoy del Cielo ha llegado
la mejor Flota.

Moisés, que allá en un Monte
cursó de Leyes la mejor Escuela,
hallándose con Vara,
la Toga pide, que feliz espera:
porque en él vean,
que en vuestras Leyes sólo
su ascenso encierra.

Atended al decreto que lleva:
Por de Alcalde de Corte
Su Vara quede,
pues a tantos Gitanos
condenó a muerte.

Salomón, Señor, pide
del Consejo de Estado plaza entera,
pues sólo para esto
vuestro amor le adornó de tantas Ciencias;
con que hoy desea,
que en razones de Estado
su juicio crezca.

Atended al decreto que lleva:
Hoy de Estado en la plaza.
fuera nombrado,
si a salir acertara
de mal estado.

Los Padres que en el Limbo
padecen la prisión de las tinieblas,

pues Príncipe ha nacido,
indulto piden que se les conceda,
para que tengan,
pues hoy nace la Gracia,
la gracia cierta.

Atended al decreto que llevan:
No ha lugar por ahora,
pues este Infante
indulta cuando muere,
no cuando nace.

José, que de María
los honores de Esposo a gozar llega,
pide en vuestro Palacio
oficio competente a su Nobleza,
pues hay en ella
tantos Reyes ilustres
de quien descienda.

Atended el decreto que lleva:
Capitán de la Guarda
queda sin duda,
pues mejor Compañía
no hay que la suya.

*

VILLANCICO V

Estribillo

Pues mi Dios ha nacido a penar,
déjenle velar.

Pues está desvelado por mí,
déjenle dormir.

Déjenle velar,
que no hay pena, en quien ama,
como no penar.

Déjenle dormir,
que quien duerme, en el sueño
se ensaya a morir.

Silencio, que duerme.
Cuidado, que vela,
¡No le despierten, no!
¡Sí le despierten, sí!
¡Déjenle velar!
¡Déjenle dormir!

Coplas

Pues del Cielo a la Tierra, rendido
Dios viene por mí,
si es la vida jornada, sea el sueño
posada feliz.
¡Déjenle dormir!

No se duerma, pues nace llorando,
que tierno podrá,
al calor de dos Soles despiertos,
su llanto enjugar.
¡Déjenle velar,
que su pena es mi gloria, es mi bien su mal!
¡Déjenle dormir;
y pues Dios por mí pena,
descanse por mí!

¡Déjenle velar!
¡Déjenle dormir!

Si a sus ojos corrió la cortina
el sueño sutil,

y por no ver mis culpas, no quiere
los ojos abrir,
¡déjenle dormir!

Si es su pena la gloria de todos,
dormir no querrá,
que aun soñado, no quiere el descanso
quien viene a penar:
¡déjenle velar,
que no hay pena, en quien ama,
como no penar!

¡Déjenle dormir,
que quien duerme, en el sueño
se ensaya a morir!

¡Déjenle velar!
¡Déjenle dormir!

Si en el hombre es el sueño tributo
que paga al vivir,
y es Dios Rey, que un tributo en descanso
convierte feliz,
¡déjenle dormir!

No se duerma en la noche, que al hombre
le viene a salvar:
que a los ojos del Rey, el que es reo
gozó libertad.
¡Déjenle velar,
que su pena es mi gloria, y es mi bien su mal!
¡Déjenle dormir,
que pues Dios por mí pena, descanse por mí!

¡Déjenle velar!
¡Déjenle dormir!

Si el que duerme se entrega a la muerte,
y Dios, con ardid,
en dormirse por mí, es tan amante,
que muere por mí,
¡déjenle dormir!

Aunque duerma, no cierre los ojos,
que es León de Judá,
y ha de estar con los ojos abiertos
quien nace a reinar.
¡Déjenle velar,
que no hay pena, en quien ama,
como no penar!

¡Déjenle dormir,
que quien duerme, en el sueño
se ensaya a morir!

¡Déjenle velar!
¡Déjenle dormir!

Villancico VI

Introducción

El retrato del Niño
mírenlo Uscedes,
y verán cosas grandes
en copia breve.
    De Oro y Plata en listones,
un ramillete
de encarnado es, y blanco,
de azul y verde.
    No es retrato del arte,
ni de pinceles,
que es Divino, aunque Humano
sólo parece.

Aunque parezca Humano,
es tan Celeste,
que arden los Serafines
sólo por verle.
Una Joya es tan rica,
que en el Oriente
sirve de luz al Orbe
cuando amanece.
Los Diamantes y Perlas
en ella pierden
sus quilates, o en ella
todos los tienen.
Los Claveles y Rosas
en ella mueren,
o se animan en ella
Rosas, Claveles.
Mas ¿para qué la inculco,
si puede verse?
Córrase la cortina,
mírenlo Uscedes.

Estribillo

¿Hay quien me lo pide?
¿Hay quien me lo quiere
a este Hechizo de Plata,
de Armiño y de Nieve?
¿A este Cupido,
que es de cera, y de amores
se está derretido?

Coplas

Madeja de Oro es su Pelo
de que se forman Anillos;
que para prendas amantes,
no hay más extremos brincos.
Esos caprichos,

más que las manos, prenden
los albedríos.
Son dos verdes Esmeraldas
o dos azules Zafiros
sus ojos, para esperanzas
o para celos motivos.
Ojos tan ricos,
vencerán Cielo y Tierra
sólo en un hito.
Un breve Rubí es su Boca,
en dos partes dividido,
porque se vea el Aljófar
por el pequeño resquicio.
Labios tan lindos,
el aliento se beben
de mis suspiros.
Frente, Cuello, Manos, Plantas,
Plata, Nieve, Cera, Armiño,
todo es del Alma un encanto,
todo es de Amor un hechizo.
Tal cupidillo,
para Joya del Alma
viene nacido.

Tercero nocturno

Villancico VII

A alegrar a mi Niño
van hoy las Almas;
con razón, pues en ellas
están sus gracias.

Coplas

Cual sonoro Enjambre
que, con doradas alas,
de los Jazmines chupan
el cristal que sobre ellos lloró Alba;
        cual mariposa amante
que, en torno de la llama,
solicita en el Fuego
ser víctima, de amores abrasada;
        cual Fuente presurosa
que, con plantas de plata
o plumas de cristales,
camina o vuela al Golfo en que descansa;
        cual Flecha despedida
y a la Meta apuntada, que, cuando no la toca,
cual veloz pensamiento nunca para;
cual Girasol dorado,
que de la Antorcha cuarta
sigue los movimientos
con dulce simpatía que le arrastra;
        cual acerada Aguja
en el Imán tocada,
que el moto no sosiega
sin ver el Norte, y visto, en él se pasma:
        así se van al Niño
presurosas las Almas,
que es Centro do se animan
y fuera de Él, ni aun en sí mismas se hallan.

En ellas el Infante
se alegra y se regala:
¿qué mucho, si por ellas
cual Rayo desde el Cielo al suelo baja?